

JESÚS ÁLVAREZ

HUGO GALERA:

«PUES AQUÍ
ESTOY YO»

LA BIOGRAFÍA

 SAWARCANDA

Hugo Galera: «Pues aquí estoy yo»

La biografía

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2020, respecto a la primera edición en español, por:

© Jesús Álvarez

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417941376

ISBN e-book: 9788417941765

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Índice

Prólogo del autor.....	13
Nacer y morir	21
La madre de Walt Disney	37
Granada	39
Peineta al Cara al Sol	43
El ministro que corría	49
María Rosa, la mujer de mi vida	53
Los profesores valientes.....	65
La muerte de mi padre	69
Sevilla	77
La feria y el rey Baltasar	85
La célula de Purkingen.....	93
Marcelino Camacho y los «fascistas»	95
Cuando supe que era rico	99
La destrucción del centro de Oncología.....	105

Fotos

El hospital Infanta Luisa	137
Manolo, el celador	141
La escuela de medicina	149
Los restos de Doña María Coronel.....	151
Juan Guerra y un tumor cerebral	161
El Betis	163
El mar.....	193
El futuro de la sanidad	197
Ayudas a la investigación.....	203
Mi cáncer	207
Lo que dicen de Hugo Galera quienes lo conocieron	215
Pepa Sánchez-Laulhé Mera, administraba del laboratorio de patología de Hugo Galera.....	215
Antonio aguilera, médico a cuyo padre ayudó Hugo Galera.....	216
Jesús Loscertales, discurso del cirujano y académico en la academia de medicina	217
Discurso del patólogo Ricardo González Cámpora en la Academia de Medicina.....	222
Discurso del académico Alfredo Matilla en la Academia de Medicina.....	226
Discurso del farmacéutico Obdulio Ramírez-Armijo en la Academia de Medicina.....	230
Discurso del académico José Luis Serrera Contreras en la Academia de Medicina.....	237
Discurso de Diego Galera Ruiz en la Academia de Medicina.....	241

Prólogo del autor

Conocí a Hugo Galera Davidson el 5 de septiembre de 2019, cuando tenía ochenta y un años y llevaba dieciocho meses luchando contra un tumor en el páncreas cuyo pronóstico de supervivencia no superaba los tres. Nuestro primer encuentro se celebró en un chalé de su propiedad situado muy cerca del Club Zaudín Golf, donde solía pasar con su mujer, María Rosa Ruiz, los tórridos veranos sevillanos desde que el deterioro de su estado de salud le obligó a vender el yate de recreo con el que surcaba las costas mediterráneas en los pocos días libres que se tomaba de vacaciones. Me llamó la atención su figura espigada y su porte aristocrático, al que nunca pudo rendir su cruel enfermedad. Hablaba con un tono de voz muy bajo y creo que no lo vi sonreír hasta nuestra segunda o tercera conversación. Se tomó su tiempo para relajarse conmigo y dejarse llevar por su sentido del humor.

Aunque no lo conocía personalmente, había oído hablar mucho de Hugo, de esas clases magistrales en la Facultad de Medicina que abarrotaban de alumnos el Aula Magna, de su prestigio internacional como patólogo y de su importante actividad empresarial en el campo de la salud. La compra a la Cruz Roja del Hospital Infanta Luisa, que convirtió en la mejor clínica privada

de Sevilla (le faltó un poco de tiempo, un poco de dinero y un poco de salud para hacer de él, como añoraba, el centro de referencia del cáncer en Europa), consolidó su imagen en Sevilla y casi toda Andalucía como brillante gestor sanitario que convertía en éxito económico casi todo lo que se proponía. Sin embargo, durante mis charlas con él fui descubriendo que también tuvo algún fracaso sonado que no logró volverle miedoso en los negocios ni mitigó su espíritu emprendedor. En esas largas conversaciones fui detectando también que detrás de sus audaces e innovadoras ideas había una voluntad férrea de llevarlas a la práctica y una enorme capacidad de trabajo que le impedía dormir más de cuatro o cinco horas diarias.

Aunque era un catedrático muy respetado en la Facultad de Medicina y había ocupado cargos sanitarios muy importantes que le habían granjeado un gran respeto y reconocimiento entre sus colegas, su salto a la fama y la popularidad se produjo en 1989, cuando es elegido presidente del Betis, club del que se hizo socio nada más llegar a Sevilla tras tomar posesión de su cátedra de Anatomía Patológica. Como se cuenta en este libro, su elección fue fruto de una concatenación de circunstancias que él no buscó ni provocó y que cristalizaron con una memorable sesión con los socios del Betis en el Teatro Lope de Vega. Sin duda, sus cuatro años al frente del club resultaron los más intensos de su agitada vida profesional, los que le proporcionaron seguramente los momentos más felices y alegres de su existencia y, con la misma seguridad, los más duros y desgraciados. El capítulo más extenso de esta biografía, el único donde el doctor Galera se expresa con sus propias palabras sin interferencias o interpretaciones del autor, está dedicado a este periodo en el que tuvo que enfrentarse a su vicepresidente económico y posterior presidente del club, Manuel Ruiz de Lopera.

Hugo Galera era tan práctico y racionalista en su forma de proceder y de pensar, tan «*british*», por decirlo de alguna manera (su madre era inglesa), que no permitía que ningún tipo de odio o resentimiento entrara en su cabeza, pues este sentimiento, como él sabía mejor que nadie, puede nublar la toma correcta de decisiones, algo con lo que estaba ciertamente obsesionado. Pero si hubo alguna persona que estuvo cerca de suscitar algo parecido al odio a lo largo de sus casi ochenta y dos años de vida fue el exmandatario bético que puso su nombre al estadio de Heliópolis. Las amenazas a su familia, a la que siempre quiso proteger y mantener al margen de sus actuaciones como presidente del Betis, fue lo que más le dolió de esa etapa agrídulce de su vida profesional. El lector encontrará sus razones en el penúltimo capítulo de este libro.

A pesar de ser un periodista especializado en temas culturales y sanitarios que no sabe demasiado de fútbol, llevaba bastante tiempo intentando publicar una entrevista con Hugo Galera Davidson en una sección dominical que firmo desde hace años en la edición sevillana de *ABC* y por la que han pasado personas muy relevantes de la ciudad. A lo largo de 2019 nos llegaron a la Redacción noticias muy preocupantes sobre su estado de salud y tenía la sospecha de que no podría demorarla mucho. Lo llamé por primera vez en mayo de ese año y rechazó amablemente mi invitación. Su mala experiencia con periodistas durante la presidencia del Betis y los quince años siguientes le habían hecho desconfiar de la prensa, pero su negativa a mi propuesta no me pareció tan rotunda ni definitiva como para dejar de intentarlo. Lo llamé dos o tres veces más y a la cuarta aceptó reunirse conmigo. Me confesó meses después que fue esa insistencia la que le hizo concederme la entrevista. Él valoraba la tenacidad y la perseverancia en los demás casi tanto como en su propia persona. Nos reunimos finalmente el 5 de septiembre de 2019 y sólo puso una condición: que no saliera en la entrevista el nombre de Manuel Ruiz de Lopera. A

ese asunto, que no era de mi especialidad ni me suscitaba demasiado interés, tenía previsto dedicarle una única pregunta a propósito de una sentencia del Juzgado Mercantil número uno de Sevilla que acababa de dictarse y en la que se daban por ciertas muchas de las irregularidades económicas denunciadas por Hugo Galera y otros notables exdirigentes béticos durante la gestión de Lopera al frente del club.

La entrevista duró más de una hora y tras apagar la grabadora le pregunté a Hugo Galera por otras cosas de su vida. Le comuniqué que no publicaría nada de lo que me dijera a partir de ese momento y él me respondió con sinceridad. Aunque el cáncer que ya se le había extendido a los pulmones y las operaciones y tratamientos que tuvo que aceptar para combatirlo lo tenían sumamente fatigado y dolorido, no se quejó en ningún momento. De lo único que recuerdo que se quejara es de que yo no comiera nada del piscolabis que, coincidiendo con la hora de comer, una de sus empleadas había traído a la mesa por indicación suya. Esta parte de la «no entrevista» duró aún más que la primera y, tras darla por finalizada, le pregunté si le gustaría seguir hablando conmigo la semana siguiente. Me miró a los ojos durante unos segundos y me dijo que sí.

Pocos minutos después, mientras conducía mi coche de vuelta a la Redacción, se me ocurrió la idea de hacer una biografía de Hugo Galera y proponérselo en nuestro siguiente encuentro. Aunque había publicado una novela dos años antes y tenía otra en el horno, nunca había cultivado ese género literario del que tanto disfruto como lector. Hugo me llamó a los pocos días y me citó de nuevo en su casa de verano. Esa mañana me enseñó su flamante Bentley de doscientos ochenta mil euros (siempre le apasionaron los coches y los barcos) y hablamos durante tres horas. No tomé notas ni grabé la conversación porque quería que se sintiera cómodo y aún no me había atrevido a proponerle la escritura de su biografía. Cuando dimos por concluida esa charla,

en la que ya por fin lo vi sonreír, le expuse mi idea. Me dijo que no creía que su vida tuviera el menor interés para la gente, que él no era ningún artista ni había hecho nada extraordinario; yo le respondí que estaba equivocado y que dejara que el tiempo juzgara quién de los dos tenía razón. Sospechaba entonces que la vida de este médico humanista, emprendedor hasta el agotamiento, enamorado de los libros históricos y de los microscopios, podría ser el retrato de una época de la historia de España casi sin parangón: una guerra civil, una posguerra, una dictadura nacional-católica de cuarenta años que hizo mucho daño a la enseñanza y a las instituciones académicas, una democracia que, con todos sus defectos, la modernizó y convirtió en lo que es hoy. Como pude descubrir después, tras nuestras conversaciones, él sufrió tanto la ira de los militares franquistas durante la dictadura como la de los cachorros del comunismo en los primeros años de la restauración democrática en España. Debe de ser el precio que se paga en nuestro país por ser un espíritu libre e ilustrado, alérgico a cualquier dogmatismo ideológico.

Conseguí que aquel señor culto, educado y elegante, de quien se decía en algunos círculos de la ciudad que era una persona soberbia y encantada de haberse conocido, se dejara llevar por un tipo que acababa de conocer. Me dijo que hablaría conmigo de su vida y que escribiera luego yo lo que quisiera. Desde mediados de septiembre de 2019 hasta marzo de 2020 nos reunimos muchas mañanas en su casa. Grabé todas las conversaciones con mi teléfono y de ellas extraje el caldo y los ingredientes con los que se ha cocinado este libro. He de decir que Hugo Galera nunca cayó en la tentación de venderse como el mejor empresario, el mejor patólogo, el mejor profesor, el mejor marido o el mejor padre del mundo. Su memoria era prodigiosa pero selectiva y hubo algunas cosas que no me contó que descubrí a través de amigos o familiares suyos, cosas que le favorecían y hablaban de su humanidad; y otras no tan favorecedoras que sí me contó para que yo tratara de

entender su forma de actuar en determinadas ocasiones. Habló con naturalidad de su infancia, adolescencia y juventud, y desgranó episodios de su vida académica que sólo personas muy valientes y seguras de sí mismas se atreverían a confesar a un periodista o biógrafo, por ejemplo, cómo logró terminar su tesis doctoral o cómo obtuvo la cátedra de Medicina de la Universidad de Granada, de lo que se da cumplida cuenta en este libro.

Debo agradecerle, pues, no sólo su confianza, sino su sinceridad. Sin duda, lo más interesante de esta biografía es la autenticidad de su protagonista. Le tuve que extraer casi con sacacorchos algunas de sus incontables acciones altruistas (no me contó la mayoría, que pude reconstruir tras su muerte entrevistando a algunos de sus beneficiarios) y tan poco se quiso «vender» que incluso olvidó contarme cosas importantes que lo dejaban en muy buen lugar como empresario y que he podido incluir en este libro gracias a los testimonios de Manolo González, su jefe de mantenimiento en el Hospital Infanta Luisa, de Ricardo González Cámpora, patólogo que dirige su laboratorio en Sevilla, del oftalmólogo Antonio Aguilera y de Guillermo Machuca, odontólogo y amante del cine que me transportó a dos sesiones gloriosas de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla que tuvieron como invitados al escritor Alberto Vázquez Figueroa y al director de cine Jaime de Armiñán. A esa centenaria institución, que presidió Hugo Galera, se empeñó en insuflarle una ráfaga de aire fresco, cosa que consiguió no sin la oposición de algún académico. Para hacerse una idea de a lo que me refiero cuando digo que Hugo Galera se olvidó de contarme cosas importantes, jamás me informó de que el Hospital Infanta Luisa tenía unos setenta empleados en nómina cuando él lo compró y que logró elevar esa cifra a unos seiscientos en el momento de su venta. Había creado más de quinientos empleos y ese dato no le pareció «relevante» para su biografía. Varios meses después de su muerte, pude hablar con una administrativa de su laboratorio, quien me aseguró que le debe la vida a «don Hugo», como la

mayoría de sus empleados lo llamaban. A él no le gustaba el «don» e incluso pedía a sus estudiantes en la Facultad de Medicina que le tutearan. Pepa Sánchez-Laulhé Mera, la administrativa, acababa de empezar a trabajar en su laboratorio y en una de sus rondas por las instalaciones la vio una mañana y observó algo extraño en su cara. Le preguntó qué le pasaba y ella le dijo que le dolía la cabeza, a lo que él respondió enviándola inmediatamente a hacerse un TAC. Presintió que tenía algo grave y no se equivocó, pues le diagnosticaron un tumor cerebral. Hugo Galera no me lo contó durante nuestras conversaciones sobre la relación que mantenía con sus empleados, pero me he tomado la licencia literaria de poner en su boca esta pequeña historia de humanidad, sabiduría y final feliz. Estoy seguro de que no fue la única.

Tras su muerte, sus hijos Paco y María me aportaron una visión más personal de su padre y me contaron algunas anécdotas que me resultaron muy útiles para reconstruir su personalidad. El segundo día que hablé con él le dije que la biografía estaría escrita en primera persona, como si él se dirigiera directamente al lector, y le regalé un ejemplar de la biografía que hizo Manuel Chaves Nogales en 1940 del torero sevillano Juan Belmonte, el modelo en el que me he inspirado para escribir este libro. «Hazlo como quieras, tú eres el escritor, pero no te va a salir tan bien porque el personaje que has elegido para biografar no da para tanto», me dijo con una insólita humildad adobada con su humor inglés. «Tranquilo», le dije, «yo tampoco soy Chaves Nogales».

Quise que en la primera página de este libro él se presentara a los lectores diciendo quién era Hugo Galera Davidson, un médico de ochenta y un años, y que en la última cerrara esta biografía esperando que la vida —y su cáncer— le dieran tiempo para seguir haciendo algunas cosas más. No fue así, por desgracia, pues el pasado 24 de abril de 2020 fallecía en el Hospital Infanta Luisa a punto de cumplir ochenta y dos años. El valor y la entereza con la que el doctor Galera afrontó las últimas semanas de su

vida fueron las mismas de las que se valió a lo largo de su brillante carrera profesional como médico, profesor, investigador y empresario. No he querido cambiar ni el principio ni el final de este libro, a pesar de que Hugo ya no esté entre nosotros.

El confinamiento por la pandemia del coronavirus impidió que nos pudiéramos ver a partir del 15 de marzo y pocas semanas después el tumor se extendió y empezó a ahogar sus pulmones le empezó a ahogar. Me llamó dos semanas antes de morir para despedirse de mí. Me dijo que estaba muy agradecido por nuestras charlas y que le hubiera gustado conocerme antes. Me quedé mudo, con los ojos empapados, sin saber qué decir. Durante nuestra última conversación en su casa, a finales de febrero de 2020, le entregué un primer manuscrito para que lo leyera y le dije que esperaba que no me ocurriera como al pintor Graham Sutherland con su retrato de Winston Churchill. La Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes encargaron un cuadro a este artista británico con motivo del ochenta cumpleaños del político que derrotó a Hitler. La historia es muy conocida y también el triste final del cuadro, llevado a la hoguera por su mujer, Clementine, tras su muerte. Churchill, cuya cara guardaba en ese retrato convertido finalmente en cenizas ciertas semejanzas con la de un perro bulldog, no se reconoció en esa pintura; se vio demasiado viejo o demasiado vulnerable y llegó a decir que parecía sentado en un inodoro «durante una deposición complicada». Del fino humor inglés de Hugo Galera podría esperarse algún comentario semejante en caso de no sentirse reflejado en estas líneas, pero la vida no le ha dado tiempo suficiente para leerlas y verlas publicadas.

Jesús ÁLVAREZ

Nacer y morir

Uno no elige dónde nacer, pero yo he elegido dónde morir. Nací en Tenerife en 1938, cuando los españoles nos matábamos los unos a los otros en medio de una Guerra Civil de la que parece que aún no nos hemos recuperado, como intentaré explicar más adelante; y moriré, cuando tenga que ser, en Sevilla, la ciudad que me acogió y en la que me espera una tumba que adquiriré hace ya muchos años en el cementerio de San Fernando. La muerte te silba en los oídos cuando se lleva a tus padres, a tu único hermano o a esos compañeros y amigos con los que compartiste tantas cosas a lo largo de tu vida. Fui director de un laboratorio especializado en diagnósticos de cáncer que ha realizado dos millones de dictámenes y donde trabajan treinta personas; jefe del Departamento de Anatomía Patológica en el Hospital Virgen Macarena; catedrático de la Facultad de Medicina; director del Centro Regional de Oncología y del Hospital Infanta Luisa, que reconstruí con la ayuda de muchas personas a las que tuve que decir adiós. Hace dos años la muerte no sólo me silbó en los oídos, sino que me tentó la ropa y me cogió una mano para llevarme con ella. Tuve suerte y determinación para deshacerme de su primer abrazo gracias a tres grandes médicos y extraordinarios amigos que la

desafiaron conmigo. Los primeros oncólogos que me trataron, en virtud de los protocolos establecidos para un tumor avanzado en el páncreas, no quisieron operarme, algo que no les reprocho, aunque no acepté. En mi vida me he topado con muchas creencias establecidas contra las que me rebelé tanto en el campo docente como en el sanitario. No sé si un gran amante de las matemáticas como yo, que carece de grandes convicciones religiosas, puede decir que fue una especie de milagro, pero el caso es que aquí estoy. La estadística no siempre triunfa sobre la vida y a esa gran lección que aprendí casi con ochenta años dedicaré el último capítulo de este libro.

He decidido morir en Sevilla porque aquí he pasado gran parte de mi vida y he podido ejercer durante más tiempo mi pasión por la medicina, la investigación y la actividad empresarial. He hecho casi de todo en mi profesión y hasta fui cónsul de Filipinas en la ciudad donde he visto crecer a mis cinco hijos, Hugo, Diego, Paco, María Rosa y María de los Ángeles, y a mis doce nietos. En Sevilla envejecí junto a María Rosa, el amor de mi vida, a la que conocí hace cincuenta y siete años en el Instituto Cajal de Madrid, por cuya fachada tuve que trepar una madrugada para poder terminar mi tesis doctoral. Actué como uno de esos ladrones de escaló que salen en las películas hasta alcanzar la ventana del laboratorio donde estaba el reactivo que se me había negado y que me hacía falta para culminar mi trabajo académico sobre la transmisión neuronal del sistema nervioso autónomo. Que no cayera y me rompiera la crisma fue casi otro milagro.

Antes y después de que todo eso ocurriera, estuve en Tenerife, Granada, Madrid, Salamanca, Boston, Londres, Heidelberg y otras capitales europeas, donde tuve momentos de felicidad y otros de ansiedad y angustia, como iré contando en estas páginas. Decía Abderramán que la vida son diez días de felicidad, pero yo tuve alguno más.

Hasta que caí enfermo hace dos años no me di cuenta de la cantidad y la calidad de amigos que tenía, esos amigos de verdad que harán lo que sea para ayudarte y animarte a seguir luchando cuando uno pierde las esperanzas o las ganas de vivir. Con todos ellos y con mi familia, lo más importante que he hecho en mi vida, me he podido desahogar en los momentos bajos, hablar de mis nuevos proyectos empresariales y profesionales en los momentos altos y recordar algunas de las cosas que hicimos juntos a lo largo de las últimas seis décadas. Yo no he visto atacar naves en llamas más allá de Orión ni rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser, como el célebre replicante de *Blade Runner*, pero he visto otras cosas de la España que me tocó vivir y al recordarlas ahora me parecen casi tan de ciencia ficción como la mítica película de Ridley Scott. He visto corruptelas de todo tipo, asistido a censuras que me recordaron a los tiempos de Franco y conocido a muchos personajes desaprensivos cuya falta de escrúpulos morales dejaría a Roy Batty, el robot despiadado que encarnaba Rutger Hauer, al nivel de una pía y misericordiosa hermanita de la Cruz. En el otro lado, pude honrarme con la amistad de ilustres colegas, grandes cirujanos y patólogos con los que tuve la suerte de trabajar; y también con la de trabajadores sanitarios, sin los cuales no habría podido realizar ni la mitad de las cosas que intenté en todos los centros que dirigí. Hablaré de uno de ellos, muy especial, quien me ayudó a hacer realidad el sueño de mi juventud de tener mi propio hospital para poner en práctica todas mis ideas acerca de la empresa sanitaria.

No oculto que también tropecé con personajes que hicieron de mí su enemigo. Uno de ellos intentó arruinar mi vida desde que me sucedió en la presidencia del Real Betis. Su maldad y amoralidad sólo eran comparables con su falta de cultura y educación. Utilizó al Betis de rehén para tergiversar sus aviesas intenciones. Yo me enfrenté a él, algo que nadie se atrevió a hacer, y

pagué la factura. Manolo Ramírez Fernández de Córdoba, un conocido periodista que ya no está entre nosotros, lo definió como «un fenómeno mediático al que es imposible enfrentarse». No consiguió destruirme pese al empeño que le puso. Nunca me he tomado un café (bueno, tomé uno una vez y me sentó muy mal), pero he sufrido siempre de insomnio por la cantidad de cosas que bullían en mi cabeza cuando me iba a la cama. A veces me levantaba a las cuatro porque se me ocurría una idea sobre el hospital, sobre una clase o sobre cualquier proyecto en el que anduviera embarcado y ya no volvía a acostarme. He tomado pastillas para dormir, pero de poco me han servido. En aquella época de la que hablo aún me costaba más conciliar el sueño. El individuo cuyo ego le hizo poner su nombre al estadio de todos los béticos (felizmente recuperado después el que siempre tuvo y nunca debió perder) logró salirse con la suya durante más de diez años, aunque, como dijo Abraham Lincoln, «puedes engañar a todo el mundo algún tiempo, puedes engañar a algunos todo el tiempo, pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo». Con la ayuda de otros valerosos quijotes y el respaldo parcial de la Justicia, conseguimos desenmascararlo.

Pero vayamos poco a poco y empecemos por el principio. Nací en Tenerife porque a mi padre, Diego Galera Navarro, lo desterraron allí. Él, como mi abuelo Félix y mi abuela Pilar, había nacido en Sorbas, un pequeño pueblo almeriense sin grandes atributos histórico-artísticos, pero al que guardo un gran cariño. De allí procede toda mi familia paterna, puesto que la materna es inglesa y centroeuropea, de una rama judía de los Davidson. La dictadura militar de Miguel Primo de Rivera cambió el destino profesional de mi padre. En 1924, un artículo periodístico en el que defendía el liberalismo educativo y la separación entre la enseñanza y la religión cambió su vida y la de toda su familia. Diego Galera era ingeniero de profesión y liberal republicano de ideas. Creía firmemente